

señora. Mas en cuanto esta se levantó, levantóse tambien Riccio del suelo, donde se hallaba tendido; é hincando las rodillas en tierra, y uniendo las manos trémulas; entre sollozos de horror y miradas de súplica, pidió á sus verdugos misericordia. Pero, vuelto en sí Ruthven del pasajero susto que sintiera viendo caer á la Reina, se abalanzó de nuevo al valido. Riccio abrazó las rodillas de María como si quisiera ocultarse y desaparecer entre los pliegues de sus régias vestiduras, y María, recobrando el ánimo, con la flexibilidad natural á su valor despues de la caida, interpúsose como un escudo entre las manos del perseguidor y la persona del perseguido. Ruthven no se atrevió naturalmente á cometer el desacato de tocar á la Reina; pero entonces Darnley, usando de sus derechos como esposo, cogió á María con fuerza, y la retiró y apartó del suplicante secretario, para en sus brazos asirla. Separados ya Riccio y María, los conspiradores cayeron sobre aquel y le arrancaron al sitio donde aun le quedaba la última sombra de una proteccion desvanecida. Sintióndose apresado ya por aquella gente, gritó el italiano con clamores y aullidos horribles, á los cuales se mezclaban las súplicas de María intercediendo por él con palabras, en las cuales habia desaparecido por completo el rigor de la soberana y solo quedaba el desgarrador acento de la mujer. Arrastráronle del comedor á la alcoba; de la alcoba con ímpetu al salon; y allí, en aquel sitio, testigo de su arrogancia, disputaron los conjurados sobre su triste suerte, mientras él dirigía supremas palabras de apelacion á su piedad. Muchos quisieron remitir el castigo á mas tarde, para colgarlo al dia siguiente, y en público, cual á grotesco pelele, de un balcon de palacio. Mas Douglas, aquel bastardo misterioso, de quien le hablara el astrólogo á Riccio, dirigióse fuera de sí á este, que retrocedia espantado hácia un rincon, y le clavó su puñal en el pecho. Entonces, al eco del grito desgarrador, al husmeo de la sangre caliente, los conjurados todos se lanzaron sobre cuerpo tan inerme, buscando alguna participacion inmediata en los tormentos del horroroso castigo y en los placeres de la cruel venganza. Muerto, acabado para siempre; con las vestiduras desgarradas y el cuerpo hecho una llaga; aun le golpeaban y herian aquellas feroces hienas. Cincuenta y seis heridas mortales ¡ay! le abrieron los dementes en el ya frio cuerpo. Y luego lo arrojaron por la principal ventana del salon al patio, con menos consideraciones á sus

restos humanos que si de los restos de una fiera del bosque se tratara. El cuerpo cayó sobre las piedras del patio; y aun tuvo sangre para mancharlas. Los porteros sintieron la compasion y lo guardaron en la portería del palacio; mas los conjurados no se dieron por satisfechos todavía. Doscientos eran; y ya que no les fué posible á todos participar del asesinato, colmaron al infeliz que no podia oírles con toda clase de insultos y escupieron á su rostro con aquel punible olvido y abandono de todos los humanos sentimientos. Así pasó la breve fortuna de Riccio.

Bien pronto comprendió María que su favorito acababa de ser inmolado á los agravios de sus nobles; y bajo esta persuasion sintió bien pronto una rabia furiosa, propia de los arrebatos frecuentes en su complexion desordenada. Mientras sus partidarios, sus criados, sus amigos corrian á una en todas direcciones para salvarse de suerte igual á la horrible de Riccio, yéndose varios á hurtadillas por las puertas excusadas y arrojándose otros con peligro de su vida por las ventanas altísimas; la Reina maltrataba en frases duras á su esposo, y le argüia de ingrato y de traidor. Presentábale con la varia elocuencia propia de su natural nervioso, aumentada por sus pasiones, en aquel minuto exaltadísimo, el favor debido por Darnley á su munificencia, y el pago con que á este favor correspondiera en tan tremenda noche. Darnley, vulgar en sus palabras, bajo en sus sentimientos, flojo en su moral, débil de complexion, cobarde y tornadizo, todavía tuvo un relámpago de idea en su mente y un minuto de constancia en su proceder, para dar contestaciones oportunas á los bien expresados agravios de María. Mas, ignorante aquel monarca, elevado al trono y al régio lecho por femeniles caprichos, ignorante de los límites en que debia contener así la terrible acusacion á su esposa como la necesaria defensa propia, díjole cosas tan duras como que habia participado mas de su vida el muerto que el marido. A esta ofensa inferida brutalmente, volvióse como una hiena la ofendida contra el ofensor, y le dijo extendiendo amenazadora la mano derecha sobre su frente, que alguna vez habria de llegar para él un momento supremo como el momento de entonces por cuyos horrores habia hecho pasar, para quebrantarlo y romperlo, el corazon de su mujer y de su Reina. En esto entró Ruthven, el principal asesino; con su arma humeante y reluciente aun en la diestra; su armadura manchada

de sangre; su mirar extraviado y lleno de los horrores recién vistos; pálido como la muerte; por sus fatigas últimas extenuado; y después de tomar una silla con precipitación, tomó un vaso de vino también con el ansia de un carnicero que ha matado una gruesa resistente res, y lo apuró de un trago, mostrando la satisfacción que le había procurado aquel calmante con un resuello y esperezo, á los cuales no se hubiera quizás atrevido bajo el techo de una taberna. María, de antiguo acostumbrada como reina y como mujer á todos los homenajes y á todos los requiebros posibles, aun sintió más la irreverencia de los gestos del asesino que la crueldad de las palabras del esposo; y cubriéndose con ambas manos el rostro, dió suelta sin recato alguno al torrente de sus lágrimas y llenó los aires con el estruendo de sus sollozos. Al llegar aquí, las campanas de rebato que sonaban siniestras en el silencio de la noche; los gritos de las muchedumbres que resonaban con furor en las calles; el destello de las antorchas que se veía desde las ventanas del triste gabinete régio; la voz del preboste de Edimburgo que se levantaba sobre los fragores de tantas armas y de tantos clamores, recordaron á María como aun contaba con verdaderos vasallos; y levantándose irguiéndose; repuesta por la facilidad rapidísima de sus emociones; con aires de reina ofendida y de cruel diosa, miró á la cara de los rebeldes con fijeza y les dijo con arrogancia que ya se acordarian alguna vez de aquella horrible noche.

¡Cuán terribles resultan los inconvenientes de una monarquía cuando se considera cómo los afectos particulares del monarca y sus actos puramente privados ceden á una en desdoro y mengua y perturbacion del pueblo! La sangre de los Guisas que María llevaba en sus venas, el casamiento feliz con Francisco de Francia, su educacion á un tiempo gazmoña y ligera en los palacios y en los jardines franceses, el caprichoso casamiento con Darnley en el cual se dejó llevar tan solo de sus emociones propias sin obedecer á ninguna reflexion, la privanza de Riccio á quien locamente diera todos sus afectos, estos hechos dimanados exclusivamente de su persona trascendieron á la pública gobernacion del Estado como pudieran trascender las mayores calamidades de la naturaleza externa, sembrando guerras, desolaciones, asolamientos, incendios con tan espantosa frecuencia, que parecia desquiciarse la tierra de Escocia y venirse sobre la cabeza de los escoceses el cielo. María

quedó prisionera en su palacio y experimentó así, con las tristezas de su soledad, las tristezas de sus amarguras. El esposo aborrecido gobernó en su nombre; y tomó en contra suya disposiciones tanto más sensibles para ella cuanto que aparecian dictadas por su voluntad y por su conciencia propias. Así disolvió en nombre de la Reina el Parlamento que había la Reina congregado para perseguir á sus enemigos y vengar las continuas rebeldías. Inútil decir cómo todos estos actos enfurecieron á la nerviosa Estuardo. Siempre que su esposo entraba, ponfale ante la vista los tres horrores de tal nefasta noche: la entrada de Ruthven; la inmolacion de Riccio; las ofensivas é insultantes palabras lanzadas sobre su frente por aquel á cuya frente ciñeran sus manos una real corona. En esto Darnley, débil de suyo, sintió asomos de compasion, y empezó á sentir con ellos inclinaciones invencibles hácia un acomodamiento con su mujer, é invencibles repugnancias á los Lores, que fueran siempre sus más implacables enemigos, por causa de su casamiento. María comprendió con los asomos de doblez y astucia, surgidos á veces entre sus otras calidades, cómo estaba dentro de la plaza enemiga, si podia quitarles á los conjurados el monarca y el esposo, en cuyo nombre y bajo cuya influencia compusieran y cristalizaran aquella conjuracion tan tremenda.

Desde que tal proyecto concibiera, entregóse al más pérfido y sombrío disimulo. Sus iras á una se calmaron aparentemente. Sus brazos volvieron á enlazar al antes idolatrado esposo, y en esta sazón aborrecido de muerte. Renacieron sus gracias seductoras, bajo cuyas seducciones ocultaba mil trampas, las cuales á su vez ocultaban mil insondables abismos. Y tales transformaciones, comparables solo á las muchas y célebres de la mitología pagana, iban todas encaminadas hácia la ruina de Darnley por nuevas inexplicables traiciones arrancadas á un alma sin conciencia y á una voluntad sin albedrío. Toda la precaucion que tomó la Reina para salvar un tanto el vulnerado nombre de su infeliz marido, fué decirle que, para no rebajarle á los ojos de los con él comprometidos, firmaria en su favor un pliego de seguridades y de promesas nunca después firmado. Darnley se resolvió tras los nuevos halagos de su mujer á seguirla en su fuga, desde aquel palacio, donde una vez cometido el asesinato de Riccio, se hallaba por completo á merced y arbitrio de los asesinos, al palacio por ella señalado, y que podia convertirse

con facilidad y muy pronto en término de su cautiverio y en pedestal de su autoridad. Efectivamente, Darnley cayó en aquel siniestro lazo, y María tomó un caballo, se puso en cobro, y una vez arribada con su cortejo de fieles partidarios y con su traidor marido á la fortaleza de Dumbart, lanzó terrible proclama contra todos los conjurados, amenazándolos con severo juicio, el cual forzosamente habia de concluir por una capital sentencia.

En ocho dias cambió totalmente la situacion de aquella perturbada Escocia. Los asesinos de Riccio tuvieron que huir á la cólera de María y refugiarse, todos sin excepcion amenazados, en la vecina Inglaterra. Llegó, despues de tales sucesos, la vencedora Estuardo á Edimburgo; y no hallando en quién cebar su cólera y satisfacer su venganza, ahorcó á varios pobres diablos, dóciles é irresponsables instrumentos en la horrorosa trama del asesinato de Riccio. El Rey publicó entonces una proclama condenando el crimen de que habia participado; y los conspiradores, en desquite, dirigieron audaz epístola con gozo á la Reina, participándole todas las pruebas demostrativas de que su esposo en aquellos complots fuera, no el último de los cómplices, sino el primero de los promovedores. María, herida ya en el corazon por la conducta de Darnley, disgustada ya de él con profundo disgusto, incapaz de vencer una repugnancia invencible, cesó en las caricias fingidas y simuladas que le consagrara durante un mes eterno, y le notificó sin rebozo como tenia decidido que jamás se juntaran de nuevo ni á la mesa, ni en la cama. Una Reina, por alta que se halle, al cabo es mujer, y busca en su esposo amparo á la debilidad, complemento de vigor necesario á su ternura y á su delicadeza, escudó contra las asechanzas múltiples que rodean á su sexo, brazo para la defensa personal, áncora en las tempestades, fortaleza y seguro en los peligros; todo cuanto moralmente pide y necesita la esposa de aquel que le confia y entrega su corazon y su nombre. Las traiciones mismas por Darnley consumadas en favor de María, tan viles como las consumadas en contra, le rebajaban á los ojos de la mujer; y le infundian hácia el desprecio, ese terrible sentimiento que, tarde ó temprano, concluye por extinguir todo cariñoso afecto, y romper los mas estrechos lazos. No hay amor que sobreviva de ningun modo á la desestimacion, y no hay desestimacion como el desprecio.

Por junio de 1566 María dió á luz aquel su hijo, llamado á sentarse mas

tarde sobre sitial tan alto como el trono de Inglaterra, Escocia é Irlanda. Recelaba tanto de todos esta que se recluyó en el castillo de Edimburgo, como una pobre prisionera, deseosa de parir en paz. Parió felizmente; y notificó su parto á Inglaterra, interesada en el arribo á la vida natural de aquel infante, llamado á tan altos destinos. Isabel se condolió mucho comparando la fortuna de su prima con la propia esterilidad á la cual se condenara ella misma por razones de Estado, y lloró denominándose árbol deshojado y seco. Invitóla María con el padrinazgo de la régia criatura, y aceptó, enviando para el bautizo fuentes bautismales de oro. Mas como quiera que María volviese á insistir sobre la cuestion de sucesion y herencia con este motivo, rehuyóla Isabel, y conminó á los Lores y á los Comunes por haberla tambien inoportunamente suscitado. Celebróse la ceremonia del bautizo, y siguieron á esta ceremonia festejos ruidosos. Mas en ella sucedió un caso, el cual vino á mostrar el abismo abierto á los piés de aquella nefasta familia. El Rey, el marido, el que daba nombre al vástago nuevo por haberlo engendrado, no apareció en las ceremonias eclesiásticas, ni en los festejos reales, por prohibicion terminante de su esposa; y al verse marido sin mujer, monarca sin corona, padre sin hijo, potentado sin fortuna, caballero sin honor, Darnley se sintió de tal suerte avergonzado y confuso, que fletó un barco para dirigirse á Francia, y encerrarse allí hasta el dia de su muerte con profundo recogimiento en la eterna contemplacion de su desgracia. Pero débil y tornado, incapaz de vencer con su voluntad soberana las incontrastables fatalidades anejas á su temperamento y á su carácter, al divisar el barco ya empavesado y dispuesto, arrepintiése, y tornó de nuevo á presentarse ante la Reina. Cuál no seria el asombro de esta, viéndolo volver, despues de haber creído en su partida. Reunió el consejo, y allí, delante de todos sus consejeros, le requirió con arrogancia para que dijese todas cuantas quejas tuviera de su esposa, y publicase los motivos ocasionales de su partida. Darnley, en vez de acusar como agraviado, balbuceó algunas excusas en guisa de reo; y tal última baja solo sirvió para agravar el frio desprecio de su mujer y de su Reina.

Mal temperamento el de María para soportar con grandeza verdadera una desgracia tan grande. Aquel marido, por su voluntad caprichosa designado